

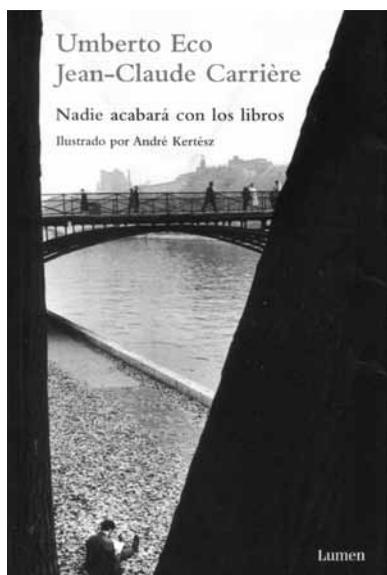
No se puede hacer un libro que sea mejor que el libro

L

La conversación es, sin duda, uno de los más fructíferos y menos estudiados géneros expositivo-argumentativos. ¿Quién no recuerda las *Conversaciones con Goethe*, de Johann Peter Eckermann? Allí, sin embargo, Goethe es quien lleva la voz cantante, por lo que parece más una entrevista. Por el contrario, en el volumen *Nadie acabará con los libros*, no es sólo Umberto Eco ni sólo Jean-Claude Carrière quienes lo protagonizan, sino ambos, en un equilibrado y sostenido contrapunto. En el prólogo, Jean-Philippe de Tonnac —quien funge como moderador— parte de una idea que puede leerse en *Notre-Dame de Paris*, de Victor Hugo: la inteligencia ha abandonado la arquitectura por la imprenta. La primera no desapareció, pero al final de la Edad Media se vio rebajada de categoría por los textos impresos. De igual forma, aunque internet y el libro electrónico se impongan, no podrán echar de nuestras casas ni de nuestras costumbres al libro impreso (el que la televisión no haya matado al cine, como en un momento se pensó, es el ejemplo más elocuente).

En este libro, Eco y Carrière aparecen como bibliófilos. Considero que el primero —autor de la conocida novela *El nombre de la rosa*— no requiere presentación. Jean-Claude Carrière —cómo olvidarlo— fue guionista de algunas de las mejores películas de Luis Buñuel: *El discreto encanto de la burguesía*, *Bella de día* y *Ese oscuro objeto del deseo*, y de otras, como *El tambor de hojalata*; además, fue ensayista y dramaturgo.

Uno de los aspectos más interesantes de este libro es que no pontifica



Umberto Eco y Jean-Claude Carrière, *Nadie acabará con los libros*, André Kertész (il.), México, Lumen, 2010.

sobre internet o el libro electrónico (*e-book*). Por muchos cambios que haya sufrido el libro, este maravilloso instrumento se ha mostrado —afirma Tonnac— “fiel a sí mismo”. Umberto Eco concibe el libro como un instrumento más flexible que la computadora; pero advierte las virtudes de internet: “Todos se ven de nuevo obligados a leer”. Luego plantea esta disyuntiva: “o el libro sigue siendo el soporte para la lectura o se inventará algo que se parecerá a lo que el libro nunca ha dejado de ser, incluso antes de la invención de la imprenta”, y también: “no se puede hacer una cuchara que sea mejor que la cuchara”. El libro ha pasado las pruebas, si bien hay ocasiones en que —en circunstancias no corrientes— resulta más cómodo el libro electrónico. A pesar de lo anterior, no hay soporte electrónico durable.

El libro, objeto cercano al cuerpo humano, al que puede recurrirse aun si no contamos con energía eléctrica, resulta tan insuperable como la escritura o la rueda, y permanecerá aunque haya un apagón generalizado. Eco y Carrière, inmersos en la cultura occidental y en las transformaciones que ésta ha sufrido en los últimos

años, tratan con erudición temas como internet y el libro, y profundizan en el papel actual que desempeñan la memoria y el olvido (lo que se filtra y lo que debe conservarse). Quizá sea éste el núcleo alrededor del cual gira la gran cantidad de ejemplos, anécdotas históricas e información que despliegan estos intelectuales. En particular, Carrière demuestra un cierto conocimiento de Oriente y de sus culturas.

En cuanto a internet, tal vez sea uno de los temas más recurrentes, así como la motivación inicial de un título como el que expongo. Jean-Philippe de Tonnac afirma que “internet pone a disposición de todos una memoria incontrolable”. Creo que no hay mejor definición, por ahora: una memoria incontrolable. La información por la información; un dato que nos lleva a otro irrelevante, y éste a otro más irrelevante; la información sin más, arrojada al vacío; el texto expositivo que se despliega sobre un inconmensurable mural alimentado de energía no es, en el fondo, sino el propio caos personificado o, por lo menos, nombrado. Es la falta de control, de selección, de discriminación (en el buen sentido del término) y, por tanto, de comprensión, de finalidad expresa y canalizada.

Sin memoria no hay inteligencia; pero el exceso indiscriminado de memoria produce confusión. La cultura, ciertamente, no es otra cosa que una adecuada selección y combinación que debe traducirse en experiencia personal y colectiva; que debe transformarse en proyecto y en vida. Para seleccionar, es necesario el criterio que jerarquiza, valora, ordena, controla y, en consecuencia, interpreta. Internet es la única manifestación cultural de locura al alcance de todos. Constantemente —mucho más que en una biblioteca, en la medida en que cualquier persona puede intervenir en la red— descubrimos contradicciones, posturas disímiles y equivocadas frente a un hecho histórico o literario, una producción interminable de mitos, leyendas, prescripciones o certezas. La esquizofrenia sin

más. ¿A quién creer? El todo se dirige al vacío cuando pierde sus límites. Lo que transgrede sus límites, los supera y corre entonces el peligro de anularse. Filosóficamente, es lo que —desde la razón y no desde la fe— ocurriría con un dios todopoderoso. Si éste lo es de verdad, es capaz de superarse a sí mismo y convertirse en nada, de ahí que el creyente tenga siempre que seleccionar rasgos particulares; que le personifique o nombre (es una manera de controlarlo). Ésa sería la recomendación más sensata para los creyentes de internet, la selección y, cuando se desee dar con una certeza, cotejar en la navegación que coincida idéntica en quince o más sitios. De otra manera, podemos caer en errores como atribuir una cita textual a alguien que jamás la dijo. Y si un dios ilimitado puede anularse, lo mismo puede sucederle a la memoria; esto nos lleva a una paradoja: el almacenamiento de memoria más vasto y basto que ha creado el ser humano ha producido también la inercia y desmemorización más vastas y bastas. ¿Para qué aprender si todo está ‘allí’? Se requiere con urgencia una educación especial para acceder y manejar internet.

Entre otros muchos temas de *Nadie acabará con los libros*, se aborda el de la ‘obra maestra’. En un momento de su conversación, Eco afirma que Leonardo da Vinci pintó mejores obras que la *Gioconda*, pero esta última ha recibido más interpretaciones que “se han depositado con el tiempo sobre el lienzo, transformándolo”. Se refiere también a Eliot y a su devastadora crítica del *Hamlet*, de Shakespeare, que “no es una obra maestra”, sino una tragedia desordenada “que no consigue armonizar fuentes distintas”. Si bien no coincido enteramente con este juicio, porque la estructura del personaje Hamlet es extraordinaria, hay ciertamente gran cantidad de obras maestras que no lo son. Se les ha considerado como tales, ya por el enigma que encierran o por su facilidad o simpleza. Sobre el primer aspecto, Eco señala: “A veces, basta pronunciar palabras insensatas para

pasar a la posteridad”. Por supuesto, también intervienen la difusión y la mercadotecnia. El *Bolero*, de Maurice Ravel, es, a mi juicio, una obra facilona que consiste sólo en dos melodías en ritornelo. Su interés radica en la serie de combinaciones tímbricas, en la creación de timbres novedosos a partir de la combinatoria instrumental; en otras palabras, el arreglo. Es como los arreglos de melodías populares que han hecho los compositores nacionalistas. En este sentido, es grandioso el arreglo que el mismo Ravel hizo para orquesta de los *Cuadros de una exposición*, de Mussorgsky. Pero Ravel tiene obras mucho mejores, a las que podría calificárseles de maestras.

Otros temas de las conversaciones entre ambos bibliófilos son la bibliomanía, el hecho de que, a menudo, no haya nada más inédito que lo que ya se ha publicado (Eco), o una de las tendencias de nuestro tiempo: “coleccionar lo que la tecnología se esfuerza por hacer pasar de moda” (Carrière).

Nadie acabará con los libros es un volumen ameno, divertido, iluminador y enriquecedor en muchos sentidos. Casi cada tema que trata podría desarrollarse en un libro aparte. Su único defecto es que sigue repitiendo —a pesar de las pruebas en su contra— que Gutenberg inventó la imprenta, cuando ya sabemos que imitó y adaptó un modelo, el de la imprenta tipográfica de caracteres móviles que ya existía en China desde el siglo X y cuyo esquema llegó a Europa a través de los viajes. Fuera de este error, el volumen plantea ideas de inmensa actualidad.

JUAN ANTONIO ROSADO ZACARÍAS. Doctor en Letras (Literatura Mexicana, UNAM). Narrador y ensayista. Autor de *El cerco* (novela) (2008), *Entre ruinas, poenumbras* (poemas y aforismos) (2008), *Las dulzuras del limbo* (cuentos) (2003) y de varios ensayos, entre los cuales están *Palabra y poder* (2006), *Erotismo y misticismo* (2005), *Juego y revolución* (2005), *El engaño colorido* (2003) y *Bandidos, héroes y corruptos* (2001).